

*PANARABISMO Y NACIONALISMO DENTRO Y FUERA  
DE LA LIGA ARABÉ*

En el movable y confuso Próximo Oriente u Oriente Medio, uno de sus factores más constantes ha estado siempre constituido por la relación con lo europeo contiguo. También resulta cierto que grandes sectores de las esencias europeas meridionales no se encuentran desde dentro, sino desde fuera. Dicha afirmación se refiere sobre todo al Mediterráneo, donde el dominio de sus aguas ha dado forma a las estructuras de los países que a él se han asomado. Por otra parte, resulta asimismo muy sabido que la historia mediterránea ha sido en su mayor parte historia del Oriente Medio; puesto que los grandes acontecimientos políticos de los países vecinos han tenido este mar como punto de partida o como meta de sus triunfos. Esto ha sido verdad desde el tiempo de Alejandro Magno hasta la expedición egipcia de Napoleón; y cuando en la segunda guerra mundial la derrota de Rommel en Egipto y Libia abrió a los aliados los caminos de toda Europa, entrando por Italia.

Ocurre a la vez que la continuidad de la mayor parte de las acusadísimas influencias de los ambientes climatológicos, económicos, raciales y sociales ha hecho que en el lado Este del Mediterráneo (es decir, el antiguo «Levante» o «Máchriq») convivan siempre lo eterno y lo actual; lo recientísimo y lo muchas veces milenario; la civilización de los camellos y la de los aviones de reacción. En las mezclas de lo fijo con lo movable, Oriente Medio ha sostenido su papel de máximo sector de cruce mundial entre los mares y los continentes. Pero si por allí han pasado todos, pocos han sido los que se han quedado. Porque si se han conocido más conquistas, cambios de dominaciones e innovaciones que en cualquier otro sector mundial, nunca han dejado de predominar casi los mismos sectores humanos étnicos y sociales que ya existían en los siglos de Abraham o los del Imperio romano.

Aunque bajo otros nombres y aspectos diferentes, aún sobreviven faraónicos y fenicios; ismaelitas, hebreos y sabeos, asirios y rameos. Porque las supervivencias se aseguran por una hegemonía general del «jus sanguinis»

sobre el «jus solis». Las patrias del Oriente Medio no son tanto los sitios donde se nace como las estirpes de que se procede. Y como los lazos de sangre o de comunidad son los fundamentales, las naciones no coinciden casi nunca con los límites ni con los cambios de los Estados.

Entre todos los sectores donde se confunden los deseos de conservación con los de renovación, el conjunto de las zonas habitadas por gentes de idioma y mentalidad árabes ha llegado a marcar el sector central y esencial del Oriente Medio entero. Sabido es que el principal origen de este predominio parcial estuvo en aquellos siglos medievales en que los habitantes de la península de Arabia utilizaron la religión musulmana para crear varios Jalifatos o Imperios teológicos donde el Islam y la lengua arábica eran los principales encuadramientos. Desde entonces, el arabismo quedó como fundamento de la estructura de diversos pueblos, ni árabes ni arabófonos (tales como los turcos, los persas, los kurdos, los afganes, etc.). Y aparte siguió evolucionando el grupo de aquellos pueblos que eran árabes de origen, mestizos de árabes con otros semitas, o sólo arabizados por el idioma.

En el período contemporáneo, el sentimiento del arabismo y el conjunto de países que han llegado a llamarse el «mundo árabe» tiene muy poco que ver con los primeros orígenes de la raza arábica en Oriente; y también ha quedado diferenciado de la expansión del Islam religioso (aunque éste siga teniendo el idioma arábico como base ritual). El «mundo árabe» se limita (o se extiende) a todos los sitios donde el árabe es no sólo la lengua nacional, sino también el instrumento de su «verbo» o espíritu cultural.

Así, el estudio político y social del arabismo actual tiene que ser planteado dejando de lado los antecedentes medievales y comenzando desde el siglo XIX. Después del corte brusco y prolongado del Imperio turco, donde el arabismo quedó de hecho anulado, la iniciación de una arabidad nueva fué (aproximadamente entre los años 1810 y 1880) obra del movimiento ideológico de un nacionalismo semejante al que en aquellos mismos tiempos impulsaban los movimientos unitarios en Italia y Alemania. En este sentido, el nacimiento del arabismo moderno constituyó un poderoso motivo de la descomposición del Imperio Otomano, a la vez que el intento de crear en el Oriente Medio un nuevo centro de coordinación y equilibrio. Ninguno de estos dos factores fué suficientemente apreciado ni comprendido desde las capitales de los grandes Estados europeos de aquel tiempo. Para los observadores de Francia o Gran Bretaña, del Imperio Austro-Húngaro o la Corte de los Zares, la entonces llamada «Cuestión de Oriente», sólo se refería a la pugna de las grandes potencias en torno al Estado imperial sultaniano, puesto que dicho Estado

era a la vez un tapón y una llave para el dominio estratégico de los sectores donde se juntaban Europa y Asia. Pero vista la misma cuestión desde el revés (es decir, desde el Próximo Oriente hacia Europa) el mayor interés de la decadencia del Imperio turco consistía en buscar nuevos modos de llenar el tremendo hueco que dejaba como vacío de poder y de coordinación humana. La «Resistencia» de los árabes incluidos en el Imperio Otomano fué el mayor de los intentos que se hicieron para reemplazar el sistema de la autocracia sultaniana de Estambul por otra cosa nueva.

La fuerza de impulsión o el factor dinámico del renacer de un arabismo nuevo (contra el turquismo oficial) estuvo en la llamada «Revolución cultural» (que tuvo sus cabeceras en Beyrut y El Cairo). Los mayores esfuerzos iniciales fueron para devolver al idioma su papel activo de lengua de uso para todas las necesidades de su tiempo, pues bajo la ocupación otomana había ido quedando limitado a usos religiosos y familiares. También se publicaron los primeros periódicos impresos en árabe y se hizo la primera enciclopedia, además de crearse tres Academias literarias. El despertar de la acción política fué posterior a la cultural. No sólo le favoreció el renovar de instrumentos e ideales de los impulsores del «Renacimiento» ideológico, sino la celebración, en 1878, del Congreso de Berlín, donde el Imperio turco se vió obligado a aceptar y reconocer grandes pérdidas de territorios en el Cáucaso y los Balcanes. Desde entonces hasta 1911 los nacionalistas panárabes fueron articulando sus programas políticos de emancipaciones semejantes a las ya conseguidas por los europeos sudorientales.

La guerra europea del catorce, o primera guerra mundial, sobrevino cuando el «Resurgimiento» árabe unitarista no había llegado todavía desde los intelectuales a las masas. En el Oriente Medio, aquellos años fueron los de la «Revolución del desierto», que luego hicieron célebre en la bibliografía mundial los libros británicos del coronel Lawrence. Pero tanto por haberse precipitado los acontecimientos como por la pluralidad de los centros arábigos de «Resistencia» y por las acciones contradictorias de las potencias aliadas vencedoras, el arabismo nuevo sólo surgió en forma confusa de varios Estadillos sueltos.

Desde la paz de Versalles de 1919 hasta el comienzo de la segunda guerra mundial transcurrieron treinta años de dispersión. Entonces se decía que los nuevos países árabes eran como «un sistema planetario sin sol»; porque cada uno giraba y se desarrollaba en un ambiente separado de los demás, aunque tuviesen los mismos programas de ideologías panarabistas. La causa principal era que estaban sometidos a mandatos de la Sociedad de Naciones o a otras

ocupaciones extranjeras, con características más o menos coloniales. Otra dificultad era la de que los sistemas del Estado y la Administración en los nuevos países arabo-orientales eran unas veces herencia del sistema despótico turco y otras veces forzosas adaptaciones colonialistas.

Entre tanto, fué ocurriendo que las condiciones de los nuevos tiempos provocaron en Oriente Medio las mayores sacudidas económico-sociales, que dicho Oriente había experimentado desde bastantes siglos antes de la Era Cristiana. Los países que rigieron Ramsés y Darío, Salomón y los Tolomeos, Justiniano y Harum-Arrachid, fueron cambiando de regímenes o de nombres, de religiones o de dinastías, pero en la vida familiar y la vida pública, lo mismo que en las estructuras de las comunicaciones y el comercio, la arquitectura y los vestidos, la artesanía y los usos comunales, perduraban formas muchas veces milenarias que solían responder tanto al peso de unas tradiciones muy antiguas como a las influencias del ambiente geográfico. Así, Oriente Medio (y en su corazón los países de estructuras arabizadas) fué hasta hace unos cuarenta años la zona mundial de las caravanas de mulos o de camellos; las casas vueltas de espaldas a la calle; las mujeres tapadas; los zocos-bazares bajo techos; los turbantes; las termas públicas; los «beys» o «bachas» con sus clientelas de seguidores, etc. Muchas de esas cosas habían existido ya en la civilización grecorromana, pero mientras en Europa desaparecieron, el viejo Oriente las conservaba, por influencias del elemento físico y climatológico. El ejemplo más visible de tales influencias era la distinción entre lo sedentario de las regiones agrícolas habitadas por «fel-lajín» o labradores vinculados al suelo y las zonas desérticas habitadas por tribus de pastores errantes o beduínos.

Desde dos tiempos más remotos de la historia regional del que fué «Antiguo Oriente», los desiertos y estepas, con su rebullir de tribus en constante ir y venir, no sólo fueron un sector pintoresco, sino los puntos de reserva de los fondos más puros en lo racial y lo popular. Cuando los gobiernos o los países se desgastaban en las ciudades o llegaban a desaparecer, el desierto quedaba siempre aparte y podía enviar rachas de gentes que lo renovaban todo. Pero después del año 1920 los desiertos comenzaron a perder sus ventajas de apartamiento y preservación. La sustitución de los transportes caravaneros por las líneas regulares de autos y de aviones ha tenido consecuencias de derrumbamiento social para los tres mundos de las ciudades, las huertas y las estepas; tres mundos que estaban contiguos sin confundirse nunca. También han actuado la industrialización creciente; la aparición de las explotaciones petrolíferas; el desarrollo de la educación de base; la

emancipación de la mujer; la nueva técnica hidráulica; los tractores; el turismo; la radio y el cine... Por primera vez se crearon tipos medios o tipos homogéneos de habitantes... Pero dentro del Oriente árabe, el fondo del anterior beduinismo ha dejado de ser una supervivencia en la evolución de las ideas políticas patrióticas de los Estados neo-arábigos actuales. Es la supervivencia de la palabra y la idea de la «Qaumiyya». Se trata de la hermandad de sangre de la tribu o del clan; pero, en el uso moderno, la «Qaumiyya» se va aplicando a la creación de un espíritu de solidaridad entre todos quienes pensando y hablando en árabe se sienten árabes.

Con esto se llega al punto esencial en el desarrollo de las teorías políticas del panarabismo y el nacionalismo contemporáneo. Es la distinción entre la referida «Qaumiyya» (pronunciado *Caumiya*) y la «Wataniyya» (pronunciado *Guataniya*). La primera se refiere a la existencia de un solo sentimiento patriótico entre todos quienes se expresan en árabe, sea cual fuere el país donde vivan o el pasaporte que tengan. Lo segundo se refiere a otro patriotismo sólo circunstancial, de vinculación al Estado de cada país, considerado sólo como parte provisional de una federación panarábiga ideal. La guataniya obliga a cada uno a lealtad hacia su nación, pero sólo como medida provisional en tanto no llegan a crearse unos posibles «Estados Unidos Arabes» o una «Nación Unida» más general. Este sentimiento no ha sido tampoco ajeno a la convicción de los Jefes de Estado y de Gobierno de los Estados árabigos más sueltos y particularistas. Casi todos ellos estaban (y siguen estando) de acuerdo en que sus respectivos países formen parte de una teórica «Nación árabe». Pero cada uno desea ser él mismo quien se ponga a la cabeza de la unión más o menos federal. Entre tanto, las presiones de la opinión pública que se siente unitarista les obliga a ir concertando enlaces provisionales. Sobre todo el de la Liga Arabe, o más exactamente «Mancomunidad Arabe» (*Al Gamaa al Arabiyya*).

La Liga Arabe se creó en El Cairo el 22 de marzo de 1945, en virtud de un pacto que firmaron los siete Estados entonces libres de derecho (aunque no de hecho, pues tres de ellos estaban ocupados con carácter permanente por tropas extranjeras y en otros dos existían bases militares extranjeras). El pacto lo concertaron Egipto, Iraq, Arabia Saudita, El Yemen, Siria, Líbano y Transjordania. En 1949 Transjordania cambió su nombre por el de Jordania, después de haberse incorporado parte de la antigua Palestina. En marzo de 1943 se agregó Libia. En enero de 1956, el Sudán. En octubre de 1958 se incorporaron Marruecos y Túnez. En 1951, después de haberse incorporado también Kuwait, la delegación del Iraq dejó de asistir a las sesiones del

Consejo de la Liga por considerar que Kuwait es sólo una provincia iraquiana irredenta. Pero, en teoría, Iraq sigue siendo Estado miembro de la Liga.

Durante el pasado 1961, la Liga conmemoró haber transcurrido veinte años desde la fecha del Congreso Musulmán de Jerusalén, que en 1931 sirvió para articular los primeros planes de un sistema arabista multifarame y regional. También se evocaron los antecedentes del Congreso Parlamentario Interárabe de El Cairo en octubre de 1938; y el que en marzo de 1941 celebraron en Buenos Aires los representantes de las colectividades del arabismo emigrado. Todas estas evocaciones sirvieron para repasar las líneas generales de lo que la Liga ha querido ser, lo que ha sido en realidad, su situación actual y sus posibilidades de futuros desarrollos. Desde entonces, la misma revisión o repaso ha demostrado su utilidad no sólo para los árabes mismos, sino como aportación documental y objetiva de interés internacional.

Lo primero que conviene fijar es el sentido de la aparente contradicción que se observa entre la abundancia de los textos oficiales panarábigos, donde se presenta a la Liga como instrumento de cooperación; y la existencia de otros textos (sobre todo de observadores procedentes de países lejanos al Próximo Oriente), donde se afirma que la Liga es un instrumento de división, puesto que constantemente aplaza sus decisiones más importantes o se atasca en disensiones interminables. Una y otra explicaciones son en parte verdaderas. Su aparente contradicción se comprende al observar que, según el texto del artículo 2.º del Pacto de la Liga, ésta no nació con la finalidad expresa de crear la unidad política del mundo árabe, sino sólo con un objetivo inmediato fácilmente ejecutable; es decir, el de coordinar la acción exterior de los diversos Estados que se habían formado en 1945 y siguieron formándose después. Desde entonces, la estructura de la Liga se puede comprobar en el funcionamiento de su Consejo, que es el órgano directo y principal. El Consejo suele estar formado por los ministros de Asuntos Exteriores de los Estados miembros, o por representante de dichos ministros. Cada Estado y cada Gobierno dispone de un voto y las decisiones han de ser tomadas por mayoría. Pero esas decisiones sólo son obligatorias para los Estados que las han aceptado voluntariamente. El Consejo no tiene ningún poder de ejecución ni de obligar a cumplir sus acuerdos; y así, sus acuerdos se adoptan con el carácter de recomendaciones.

En realidad, el mismo inconveniente se observa en otras agrupaciones de carácter internacional, tales como el Consejo de Europa o la misma Organización de las Naciones Unidas. Así no es ésta la característica principal de la Liga de El Cairo. En cambio, puede ser que su originalidad y la principal

constante de su funcionamiento consistan en establecer una especie de balancín entre los Gobiernos y los pueblos. Cuando la Liga se formó ya había pleitos y discordias entre los gobernantes de varios de sus países. La crisis, la decadencia y la inminente ruina que los comentarios pesimistas han anunciado repetidamente en varias ocasiones desde el año 1949, existían ya de hecho antes de firmarse el pacto de marzo de 1945. La creación del organismo interárabigo de El Cairo representa precisamente un primer ensayo de superar los pleitos por una especie de mediación mutua común. Después han podido sobrevivir ambiciones e incompatibilidades de dirigentes sueltos, aquí y allá; pero sobre todo suele hacer presión la opinión de sus respectivas masas populares. Es una presión en la cual cada vez se notan con más evidencia los dos sentidos, democrático y unificador.

Desde su fundación hasta el corriente 1962, la Mancomunidad de los Estados Arabes ha ido conociendo diversas etapas, con bastantes altas y bajas de éxitos y fracasos, pero nunca se ha perdido el optimismo respecto a sus posibilidades. Entre 1945 y 1948 fué la primera etapa, de establecer el sistema de la Liga y sus modos de funcionamiento. En 1948 y 1949 se produjo el fracaso parcial de la guerra de Palestina, el cual se atribuyó a que los cinco países árabes que tomaron parte se dejaron engañar por dos treguas tendenciosa y nada imparciales. Después del episodio palestín se trataron de remediar varias de las deficiencias iniciales por medio de varios pactos complementarios, entre los cuales el más famoso fué el Pacto de Seguridad Colectiva, firmado en junio de 1950. Y en julio de 1952 la revolución militar de Egipto inició una sacudida que no influyó directamente en la estructura del funcionamiento interno de la Liga pero que, en cambio, fué la mayor fecha histórica en la evolución del arabismo general y popular, tanto respecto a la «Qaumiyya» como a la «Wataniyya».

En febrero de 1955, la firma del Pacto de Bagdad entre Turquía y el reino iraquí creó dentro de la Liga dos extremos de tensión. El ataque anglo-francés a Port-Said en 1956 volvió a apretar la cohesión de los Estados de la Liga en torno a Egipto. Esta fué una de las causas iniciales de que en febrero de 1958 se formase la República Arabe Unida. El verano del mismo año representó una de las etapas de mayor actividad, tanto por la revolución del Iraq como por los cambios del Líbano, la decisión de los Estados africanos de incorporarse al organismo de El Cairo, y sobre todo la aprobación en la O. N. U., el 22 de agosto, de la Resolución sobre el Oriente Medio. Como aquella resolución estaba basada en una proposición común de todos



los Estados árabigos, reforzó indirectamente las posibilidades del arabismo dentro de la Organización Mundial.

El principal factor que ayudó al reforzamiento fué el informe que el Secretario General de las Naciones Unidas presentó a la Asamblea General, como esquema de un plan de reajuste para todo el Mediterráneo oriental. Al declarar Dag Hammarskjöld que la O. N. U. debía facilitar a los árabes un apoyo para que éstos emprendiesen lo que él denominaba «una acción práctica concertada», se fundaba en el deseo de que existiese en aquel sector un organismo internacional constituido para desempeñar la función de centro de arbitraje interno y ayudar a canalizar las gestiones locales de la O. N. U. En realidad, ya desde noviembre de 1950 las Naciones Unidas comenzaron a considerar a la Liga Arabe como «Organismo Regional» reconocido, e invitaron al Secretario General de la Liga a asistir a las sesiones de la O. N. U. en calidad de observador. Los representantes de las oficinas de la Liga, o de sus comisiones técnicas, toman parte con tal carácter en las reuniones de las instituciones especializadas de la O. N. U. y envían informes directos al Secretario General del Organismo interarábigo, el cual concierta la aplicación de medidas con los Gobiernos de sus Estados miembros.

Las comisiones técnicas (exactamente llamadas «Comisiones Especiales») vienen siendo en realidad las más activas, puesto que funcionan sin intervención y tienen departamentos permanentes en el edificio de la Liga, situado junto al Nilo. Las más importantes entre ellas son la Cultural, la Económico-Social, la de Enlaces Jurídicos y la de Comunicaciones. Hay solo iniciados, y con funcionamiento más lento, otras de Defensa Militar, Información y Propaganda, Cuestiones Monetarias, etc. En todas ellas actúan, junto a los expertos de los Estados miembros, otros de territorios aún no independientes o de colectividades emigradas. Por ejemplo, representantes de Argelia, de los refugiados de Palestina, de Omán, de Aden o de los núcleos de Nueva York, Río de Janeiro y Buenos Aires.

Ocurre también que una atenta observación del arraigo y la eficacia de las referidas Comisiones Especiales revela la razón de ser de la constante más importante en la evolución actual de la Liga Arabe; es decir, el aumento del prestigio y la influencia del país que lleva el doble nombre de Egipto y República Arabe Unida. Esta influencia se ejerce sobre todo en cuatro sectores, es decir, el del emplazamiento, el de la civilización, el de la acción social y el de los conceptos del «arabismo abstracto» o espiritualista.

Lo del emplazamiento se apoya en el carácter que tiene el país del Canal de Suez como máxima encrucijada de las rutas aéreas y marítimas mundiales.

El Cairo es, además, no sólo la mayor ciudad del llamado «Mundo Árabe», sino del Oriente Medio, del Continente Africano y de todos los países de formación o tradición musulmana. El Cairo tiene en sus barrios tres millones y medio de habitantes, pero en la zona exterior (urbana y rural) de los alrededores se suman nada menos que nueve millones novecientos mil habitantes, con una densidad de 455 personas por kilómetro cuadrado. Es una capital política supra-nacional, por el mismo hecho de ser la sede de los organismos de la Liga y de algunas instituciones que enlazan a muchos países africanos y asiáticos. En lo turístico reúne los valores más antiguos de la historia en las Pirámides y la Esfinge, a los atractivos más modernos en sus centros de cosmopolitismo lujoso. Es también la capital del cine árabe. Y allí se encuadra el mayor sector próximo-oriental de actividad editorial, no sólo en árabe, sino en otros siete idiomas (entre ellos el español).

Lo de la civilización se refiere a que en sus manifestaciones culturales la R. A. U. se empeña en unir los factores del modernismo en general con los del legado del Islam medieval, y los valores especiales del arabismo; además de ser nexo entre los factores del clacisismo grecorromano y los del negrismo tropical. Todo se junta y entrecruza en las cinco universidades egipcias (de las cuales hay tres dentro de El Cairo). Estas no sólo reúnen núcleos de decenas de millares de estudiantes de muchos países, sino que sirven de centros de preparación para los profesores que desde El Cairo se esparcen por otros sitios del Oriente Medio, Africa Occidental, el semicontinente indio, Hispanoamérica, etc. Parte de estos profesores van a completar los programas locales en países donde el árabe es idioma nacional. Otros, a dar enseñanza árabe en países musulmanes de otros idiomas, o entre las colectividades de emigrantes. Y hay también los que actúan en conexión con las universidades y los institutos científicos orientalistas de Europa y América.

En lo económicosocial, más reciente es donde más abundan las causas de que Egipto acentúe su papel de guía, de modelo o de estímulo para los restantes países del arabismo (tanto en el Próximo Oriente como en el Norte de Africa). Una de esas causas es el efecto producido por la prisa e intensidad con que en la R. A. U. se efectúan los cambios de valoración económica; porque tienen como el primero de sus objetivos el empeño de suprimir los enormes desniveles de clases que existían antes de 1952. Entre tanto, no se olvidan de la crisis internacional promovida en torno a Suez y a la Gran Presa de Assuan en 1956, que provocó la breve guerra con Francia, Inglaterra e Israel, pero en su origen sólo había tenido el objeto urgente de mejorar el nivel de vida de las masas humanas en el país del Nilo.

Una de las frases más divulgadas en los textos oficiales y oficiosos de la República Árabe Unida ha venido siendo la de que «es necesario conseguir que los mayores provechos lleguen al mayor número de habitantes». El régimen de la R. A. U. ha probado que ningún país árabe puede lograr completamente sus programas de emancipación y valorización si no sigue el principio egipcio de que sus sociedades nacionales se emancipen en masa o en bloque. Así, el Estado arabounido se presenta como un guía en el señalamiento de los problemas y las soluciones. Sobre todo porque a su creador y presidente, Gamal Abdél Nasser, no pretende imponer, sino sugerir. Escribió en su libro «Filosofía de la Revolución» que la unidad entre los pueblos árabes sólo podría establecerse por libre decisión en las evoluciones de esos pueblos. En el mismo libro añadió: «No pretendemos, ni hemos pretendido jamás, imponer esa unidad. Tampoco podemos admitir que se acepte o se imponga como consecuencia de actos de fuerza o golpes de Estado...» Y después de la separación de Siria, en septiembre del año pasado, Nasser dijo aquello de «¿Lucharía un árabe contra otro árabe? ¿En interés de quién íbamos a luchar mientras nuestros enemigos nos rodean?»

Dentro de la misma trayectoria de ideas y de conducta puede ponerse la Ley de 1960 por la cual se creó la cualidad de «ciudadano árabe expatriado». Fué una disposición legal por la cual aquellas personas de origen arábigo que no residan en territorio de un Estado árabe, ni posean ciudadanía de ninguno de dichos Estados, podrán tener pleno derecho a reclamar la ciudadanía de la R. A. U. y a establecerse en su territorio. Esta disposición se consideró como una manifestación práctica respecto al cuarto sector de las influencias de la R. A. U., es decir, del llamado «arabismo abstracto» o espiritualista. Es el que se refiere a mantener la sensación de que (sean cuales fueren sus diferentes aspectos exteriores) los pueblos de mentalidad arábigo componen algo así como una «gran familia».

La separación de Egipto y Siria desde septiembre-octubre del pasado año no alteró sensiblemente las posibilidades de actuación de los gobernantes de El Cairo, sino que éstas pasaron a desarrollarse más en intensidad que en extensión. Nasser y sus colaboradores reforzaron desde entonces el contenido de igualitarismo popular, de tal modo que en sus programas y sus realizaciones la lucha por el arabismo se identifica cada vez más con la lucha por un socialismo nacionalista. Así, la nueva consigna verbal es la de que El Cairo sea «el corazón de la revolución social en Oriente Medio».

Al afianzamiento del prestigio del nuevo rumbo arabounido contribuye,

por otra parte, la reanudación de las presiones de Israel sobre las fronteras de los Estados contiguos.

Por ejemplo, los nuevos gobernantes de Siria enviaron a El Cairo, en febrero, una comisión de jefes militares que en la sede de la Liga celebraron entrevistas con otros jefes militares egipcios y en el despacho del Secretario General, Abdeljaleq Hassuna. En Siria fué también donde, después de los otros cambios político-militares de abril, el Jefe del Estado, Nazim el Qudsi, hizo la solemne declaración de que actuaría en pro de la unidad de los países árabes, «comenzando por Egipto».

En la declaración del Qudsi no sólo obraban las necesidades defensivas de aquel lado próximo-oriental, sino mucho más la necesidad de satisfacer a varios sectores de la opinión pública siriaca, donde se considera que el haber dejado a la R. A. U. ha traído para la república damasquina más inconvenientes que ventajas. Pero, además, Siria y Egipto siguen coincidiendo (dentro y fuera de la Liga Árabe) en varios aspectos fundamentales. Uno de ellos es la necesidad de conservar a todas las reformas nacionales su sentido popular. Esencialmente los mismos principios son compartidos por los dirigentes de otros Estados árabes como Iraq, Líbano, Sudán y Túnez (aunque con diferentes estilos de expresión). En cambio, los reyes de Jordania y de Arabia Saudita han quedado envueltos en una atmósfera de recelos. Esto se debe a que Hussein y Saud se muestran favorables a un nuevo proyecto de creación de un «creciente fértil», para el cual tendría que romperse antes la unidad árabe. Precisamente a costa de la independencia de Siria y de los deseos de reivindicación de los refugiados palestineses.

Así, Siria, para proveerse, se apoya a la vez sobre Egipto, Iraq y el contiguo Líbano. Otros países, como Marruecos, Libia y el Yemen, se mantienen sobre esta cuestión del «Creciente fértil» en una prudente reserva, aunque respecto a las demás cuestiones del Oriente Medio y las de Africa en general apoyan decididamente las tendencias de Egipto. Por ejemplo, Marruecos compone con la R. A. U. el elemento arábigo inicial del grupo de los seis Gobiernos que proclaman y sostienen la «Carta de Africa». En Libia, varios de los departamentos de mejoras (tales como la enseñanza, economía, etc.) están confiados a técnicos egipcios o aplican sistemas egipcios. Yemen sigue siendo un reino despótico de arcaica estructura medieval, pero coincide con los Estados árabes «populistas» por razones de un difuso anticolonialismo local. Además, existen nuevos países africanos que ahora se acercan al sistema de la Liga a través de Egipto. Esto ocurre, sobre todo, con la república de Somalia desde que el lenguaje somalí local ha quedado

reducido a usos familiares, mientras la enseñanza escolar se da en árabe y en italiano. Y después resulta que los estudiantes de grados superiores afluyen a las universidades de El Cairo donde, además, refuerzan sus afiliaciones ideológicas.

La margen de toda actuación política, las Comisiones Especiales de la Liga, continúan desarrollando tranquilamente sus programas de coordinación y expansión técnica. La de mayor actividad es la Comisión Económico-social. En ella se inició (desde fines del pasado 1961) un esquema de enlace general con todos los países del Africa tropical, para aplicar los planes trazados sobre el terreno por el grupo de estudio de los diecinueve peritos que recorrieron catorce Estados negros durante el verano del mismo año. Por otra parte, la Comisión de Comunicaciones estudia el medio de reformar las comunicaciones directas entre los dos sectores árabes de Africa y Asia, rodeando el actual tapón que forma el Estado de Israel. Así se haría del puerto jordánico de Aqaba el centro de un sistema de enlaces que hiciesen salir hacia el Mar Rojo y Suez parte del tráfico de Jordania, Siria y el Iraq. En cuanto a la Comisión Cultural, entre sus nuevos campos de actividad destacan los de sectores antes tan descuidados como los de los estudios malteses. Pues sabido es que en ese grupo insular mediterráneo de soberanía británica, tanto en el fondo humano de su población como en el lenguaje local representan curiosas variantes regionales de un arabismo cristiano.

En realidad las actuaciones de las comisiones interarábicas, lo mismo que las de los Estados sueltos, pecan del mismo defecto, que es la de los desniveles entre los recursos disponibles y las maneras de utilizarlos. Sobre esta materia, uno de los mejores estudios publicados y que más se utiliza como antecedente es el del economista Jaled Shomán, divulgado desde Beirut. El ha hecho notar la paradoja de que los pueblos árabes disfrutan muy poco de los tantos por ciento que perciben algunos de sus Estados en la explotación de sus riquezas petrolíferas. Este estudio vale esencialmente para los Estados enclavados en el sector del Oriente Medio, pues los del Norte de Africa tienen planteamientos diferentes.

Según Jaled Shomán, el petróleo podría poner al Oriente al abrigo de toda necesidad de capitales para valorizaciones e inversiones. También cuenta la creciente intensificación y mejora de las producciones agrícolas y la electrificación en las regiones donde se realizan obras enormes de regadíos, como las del Nilo, el Tigris y el Eufrates. Hay otros sitios (como el Líbano o la misma R. A. U.) donde las posiciones geográficas parecen favorecer las condiciones de afluencia de primeras materias y facilidades de distribución en

el desarrollo de sus industrias. Pero todo ello exigirá que los países arábigos del Oriente Medio trabajen teniendo en cuenta que forman parte de una misma estructura de producción y consumo.

Desde después de la segunda guerra mundial, la palabra «industrialización» viene apareciendo como un vocablo casi mágico para la mayor parte de los pueblos subdesarrollados (y para los desarrollados sólo en aspectos parciales). El Oriente arábigo es uno de los sectores donde el impacto de las resonancias de esa palabra se viene notando con mayor fuerza. Pero cada uno de los Estados de aquel Oriente trata de efectuar su elevación económica y del nivel humano de una manera propia y aislada. A veces ocurre que las industrias nacientes en unos y otros sitios se repiten y se hacen competencia, en vez de llenar los huecos de las pequeñas necesidades parciales. También se ponen enormes dificultades a quienes tratan de transferir masas de dinero desde unos países a otros. Hay países, como Kuwait y el Líbano, donde los excesos de capitales producen verdaderas congestiones, al lado de otros, como Yemen o el Sudán, donde son enormes los recursos que quedan por explotar.

Así, las condiciones actuales de la geografía económica tienden a apoyar las teorías de quienes en el terreno de la política panarabista proclaman que las semejanzas de circunstancias y posibilidades hacen de los diversos Estados árabes y arabizados una sola nación natural. Dando una vuelta en círculo los primeros ensueños de los literatos que iniciaron el «Renacimiento» de la «Revolución Cultural» en el siglo XIX tienden ahora a desembocar en las más estrictas y frías conclusiones de aquellos economistas que en las oficinas de la Liga de El Cairo sueñan con planificaciones técnicas generales.

No por eso ha cesado de actuar el inicial arabismo pasional y sentimental, aunque cambiando sus puntos de enfoque. Uno de sus principales y más populares definidores es sin duda la poetisa iraquiana Nazik al-Malaika. Ella ha dado a la más juvenil y dinámica promoción de los panarabistas y nacionalistas actuales un nuevo impulso que hace del arabismo casi un «sentimiento más fisiológico que imaginativo». Ella ha explicado que lo arábigo (incluso en sus sentidos políticos y sociales) no es, o no puede ser ya, un programa inventado, sino «un existir heredado». Filosóficamente pudiera decirse que su concepto del arabismo semeja la expresión literaria de un «élan vital» al modo de Bergson, pero transportado y desplazado desde lo individual hacia lo colectivo. Nazik al-Malaika escribe, además, que el arabismo está pegado a cada hombre o a cada mujer árabe «lo mismo que el cuerpo está ligado a su sombra». El nacionalismo aparece como la expresión explicada de un antecedente genérico que es «un subconsciente social»; y se

nota en que las cosas se sienten, se comprenden y se prefieren de los mismos modos. «El espíritu árabe es el fruto de nuestras planicies y nuestros ríos.» Así, es de todos y debe ser usado en beneficio de todos.

Desde el otro sector que no es próximo-oriental (es decir, el magrebí o norteafricano), las revistas políticas más representativas que se publican en Túnez, dicen que en los países de lengua y mentalidad arábicas la aspiración de las masas hacia la unidad es «una constante vital». Esto diferencia el nuevo estilo del neonacionalismo contemporáneo del anterior estilo que entre 1920 y 1954 llevó a la formación de los diferentes Estados que se fueron sucesivamente emancipando del turquismo imperial, de los Mandatos de la Sociedad de Naciones y de las intervenciones de estructuras más o menos coloniales. Según estas teorías de expresiones tunecina y argelina, los primeros movimientos que llevaron a las independencias sueltas de los diferentes países tuvieron que amoldarse a las condiciones casuales de acceso a las independencias, por lo cual todos han quedado después desarticulados y divididos en sectores sociales de intereses diversos o divergentes. Ahora se trata de «sobrepasar aquellas primeras etapas provisionales», de buscar los modos de que las sociedades árabes o arabizadas se emancipen y se fundan en bloque.

En los países del conjunto árabe, las transformaciones desde lo post-colonial y los arcaísmos feudales hasta las modernizaciones políticas de tendencias federalistas son diferentes según las condiciones locales de cada país. Sin embargo, tienen en común la necesidad de reformar a la vez todas las estructuras de su vida colectiva. Atraviesan simultáneamente unas revoluciones políticas, revoluciones sociales, readaptaciones económicas y cambios de usos y costumbres; de unos modos tan atropellados y radicales que en la mayor parte de los casos tienen que saltarse siglos enteros de etapas en la evolución general. Lo tradicional y lo «progresista» pugnan y establecen tensiones, pero ninguno de los dos extremos puede ser suprimido. Así ocurre, aunque de modos más difusos, en el resto del Oriente Medio que no forma parte del arabismo (en Turquía, en el Irán, etc.). Pero es en los países de la arabidad donde se elaboran doctrinas de una síntesis particular. Así son las del «Socialismo del Islam» y las del «Socialismo árabe».

El llamado «Socialismo del Islam» (en lengua árabe *Ichtirakiyyah islamiyyah*) es el tema que desde hace diez años se trata con más frecuencia. La palabra Islam de su título se refiere al hecho de que muchos principios teóricos de cooperación social fueron establecidos desde los tiempos de la predicación del Corán, pero los actuales propagandistas de su readaptación ponen gran empeño en hacer constar que tales principios pueden aplicarse

a los habitantes de cualquier religión en cualquier país árabe y que por eso no tienen sectarismo ni carácter forzoso. Uno de los más autorizados definidores en El Cairo es el Chej Mohammud Chaltut, Rector de la milenaria universidad Al Azhar. El Chej proclama los orígenes, metafísicamente religiosos, de los derechos «a la vida, la libertad, la propiedad y la dignidad»; así como el derecho de todo un pueblo a gobernarse a sí mismo y la necesidad de una solidaridad social procedente de la conciencia de que los hombres son responsables los unos respecto de los otros.

En cuanto al «Socialismo árabe» (*Ichtirakiyyah arabiyyah*), tanto su definición como su implantación definitiva y su adelanto actual se deben al presidente de la R. A. U., Gamal Abdel Nasser. El ha hecho base de su sistema nacional y estatal el principio de que la propiedad y la soberanía son deberes sociales. El sistema aplicado en lo privado es el de procurar la «paridad de oportunidades para todos los ciudadanos árabes». En cuanto a la vida pública, el Congreso Nacional de las Fuerzas Populares, cuyas sesiones fueron inauguradas por Nasser el lunes 21 de mayo, ha establecido un sistema de consultas a la opinión pública muy original. No sólo porque el texto de la nueva «Carta Nacional de la República Árabe Unida» ha sido discutido por un total de 1.750 delegados y delegadas que representan todos los sectores sociales y laborales, sino porque después todos los ciudadanos de la R. A. U. están autorizados a presentar sugerencias de mejoras y enmiendas.

Lo más significativo de esta nueva forma de democracia, en relación con el Oriente Medio, es la oferta que la Carta Nacional de la R. A. U. hace para futuras formas de federación con otros países vecinos y según los cuales cada país federado conservaría sus propios Gobiernos y Parlamentos. Así, el actual sistema de la Liga Árabe podrá ir derivando por evolución natural hacia una especie de «Estados Unidos árabes», en torno al centro geográfico natural de El Cairo y el Nilo.

RODOLFO GIL BENUMEYA